

DISCURSO

**Palabras del Embajador Alberto Wagner de Reyna
en la presentación de *Bajo el jazmín*.
Instituto Riva-Agüero, martes 27 de mayo de 1997**

Mis queridos Amigos:

He venido a Lima a presentaros mis memorias. Llevan, ellas el nombre algo trasnochado y romántico de *Bajo el jazmín*, porque las escribí en lejanas tierras pensando que me hallaba bajo una pérgola de esa fragante enredadera, tan peruana, en una casa en San Isidro, que hace años dejó de ser mía.

Hay jazmines del país y jazmines de la India. Los unos, de pétalos amplios y tirando a rosado, que parece que se abrieran llenos de ilusiones al mundo; los otros con corolas diminutas, secretas y níveas, que se concentran en la intimidad de su perfume. Y en mi glorieta se entreteñan ambos en una sombra sutil, liviana y alegre a través de la que se insinuaban algunos juguetones rayos de sol y, de noche, se dejaban entrever las estrellas.

Edita el libro, solidariamente, el Instituto Riva-Agüero -del cual desde su fundación formo parte- que nos acoge hoy en su salón de actos, bajo la mirada amistosa y algo socarrona del dueño de casa, y la Academia Diplomática del Perú que, aunque no haya, frecuentado como alumno sus aulas -soy mas viejo que ella- me brindó cátedra hace años y ha publicado trabajos míos.

Detrás de estas dos instituciones académicas, columbro y aprecio la benevolencia de la Pontificia Universidad Católica del Perú, mi alma mater de estudiante y profesor, y el Ministerio de Relaciones Exteriores, que es mi casa, pues en él serví desde antes de llegar a la mayoría de edad, como meritorio, y después, durante 45 años, hasta que por límite de edad me retiré de embajador.

Mis memorias reflejan cabalmente esta doble pertenencia, que en modo alguno se oponen, de un lado mi fe cristiana de católico de fila -desde luego que pecador- y mi peruanidad que con evidentes limitaciones de genio e ingenio- he tratado de afirmar como funcionario y plumista. ¿Por qué escribí estas memorias?

Varias razones confluyen en tal empresa:

1.-El placer de redactarlas. No soy especialmente lector de este genero que oscila entre histórico y literario, que disimula a ratos un mensaje o una explicación de la propia vida y de lo que en ella se ha visto.

No puedo negar que en mi subconsciente yacen trazas de mis lecturas de Goethe y Proust y de ciertas autobiografías de diplomáticos. El caso es que me puse a escribir por escribir, allá en Guadalmina, asomado al mar Mediterráneo para tantear el oficio. Dejé después dormir por largos trechos el cuaderno de mis apuntes, para despertarlo en una que otra ocasión vacacional, hasta que ya retirado, la relectura fortuita le Jenofonte me puso de nuevo en la vía de mis añoranzas y en vena de relatarlas.

2.- Mientras redactaba me vino a la memoria algo que había observado hace mucho tiempo: el hecho que los diplomáticos peruanos no suelen practicar este ejercicio. Sólo conozco las memorias del maestro Belaunde, que van allende el círculo de la diplomacia y nos, traen una valiosa exposición de su vida y andanzas, aparte la problemática nacional e internacional de sus tiempos las de Jorge Bailey de Lembcke -abundosa en príncipes amigos suyos- y los *Cuadernos de un embajador* de José de la Puente Rabdill, que se centran en sus funciones de canciller. Conozco sólo éstas; quizá sea ello falla de mi ilustración en la materia, quizá se deba a que efectivamente no hay nada más en la canasta.

En otros países abunda este tipo de libros, y a varios colegas les conozco sus memorias. Son ellas indispensables para fundamentar la tradición diplomática de un Estado, pues como andamios de la documentación oficial y de fondo consolidan la tónica de una política exterior. Dan un matiz humano, vivo, a menudo colorido, a los problemas que ésta afronta y esbozan vías derroteros, a veces de siglos atrás, que han revelado su eficacia.

3.- Desde hace algún tiempo me piden comunicar mis recuerdos de mi época de estudiante en Alemania, en especial sobre Heidegger y el ambiente en Friburgo durante la preguerra. Recibo cartas de profesores europeos y latinoamericanos gente- que no conozco- que solicita datos e impresiones. Les envío copia de las partes pertinentes de mis memorias. Hasta que un día me dije ¡tate! sería bueno imprimir todo esto, y así lo he hecho.

4.- Teniendo las manos en la masa, me vino la sospecha que quizá pudiera ser interesante divulgar la modesta semblanza de Lima de mis años mozos que se encuentra en mi libro: recuerdos de la Universidad Católica de la Plaza Francia, del Centro de Estudiantes en los altos del hospicio Manrique, de la Cancillería, en tiempos que hoy pocos conocen, que quedan más de medio siglo atrás.

5.- A pesar de haberlo hecho inequívocamente en mis libros sobre todo en la Introducción a la Liturgia (Buenos Aires, 1948) y La poca Fe (1993), he querido dar

un testimonio final de mi creencia cristiana, y de como ella de ha desenvuelto a lo largo de mi vida.

6.- Y en fin, he querido divertir a mis lectores, sospecho que este término -mis lectores- algo grandilocuente y engolado, siendo yo un autor casi confidencial, aluda en rigor al círculo de mis amigos y conocidos. He querido burlarme -cariñosamente- de situaciones y de gente, y en especial de mí mismo. No tengo fibra moralista, y por eso no me rijo por el lema *castigo ridendo mores* como pretenden los clásicos festivos. Mi reír es un reír sin estocada y se dirige a fomentar la buena convivencia y la alegre compañía, que de Quevedo sólo me resta la admiración que por él tengo.

Ved, amigos míos, que juego limpio, con las cartas sobre la mesa, aunque a veces paso una por debajo de ella. Elogio mi mercadería, como todo buen buhonero, que en una u otra forma lo somos todos, filósofos, diplomáticos, o simplemente *homines sapientes* -como diría Linné-, y quien piense lo contrario, que se compre un espejo.

¿Cómo está construido este libro?

Comienza a ser escrito en 1968, durante unas vacaciones en España, como auténticas memorias, que empiezan con el primer recuerdo que tengo, cumplir 5 años de edad. A medida que avanza el tiempo real, en el cual escribo, se va aproximando el tiempo recordado, en el cual se sitúan los acontecimientos evocados, hasta que ambas líneas cronológicas se unifican en 1995, en mi retiro en París. Finalmente la obra, en sus últimas páginas, termina siendo diario, con algunas referencias a lo pasado.

Las vicisitudes de la vida determinan que la perspectiva en que se relatan y aprecian los recuerdos vayan cambiando. Al comienzo el autor -yo- vive en un ámbito cultural e histórico de los años 60, embajador en Alemania, en la guerra fría. ¿Y qué evoca? A un niño -yo- de los años 20, en una circunstancia personal muy alejada. Al final es un viejo diplomático que a mediados del último decenio del siglo, y recaído en sus aficiones juveniles -la filosofía y Grecia- se encara con la actualidad de hoy.

Y entre estos dos extremos hay una gama de cambios geográficos, ambientales, de influencias intelectuales, de vivencias... así remembro en Santa Marta -la pequeña ciudad en que murió Bolívar- mis estudios en Alemania o desde Troo (en el centro de Francia) nuestra larga estancia en Chile.

El paraje y la coyuntura histórica en que escribo influye en el modo de ver, rever o revivir lo pretérito, y da la clave del texto; por ello ha mantenido la especificación del año y del lugar en que ha sido redactado cada capítulo de estas memorias. Naturalmente me he tomado algunas licencias, en obsequio de la real gana, en esa doble contabilidad cronológica, que dicho sea de peso acarrea algunos contra-tiempos. Por ejemplo hay situaciones que han cambiado entre el momento en que fueron descritas y el momento en que sale a la luz el libro, de modo que aparece como vigente una información atrasada. Pero ello importa poco, pues no he tenido la intención de presentar una obra de erudición o de referencia.

Bueno, preguntará alguien con legítima ironía ¿un libro tan caprichoso o sabiamente construido, con un contrapunto cronológico, traerá noticias importantes y novedades sorprendentes?

Pues, siento decepcionar al curioso impertinente. No he tomado parte en ningún acontecimiento histórico de monta, ni siquiera he sido testigo presencial de situaciones de gravitación política. No tengo revelaciones ni profecías que hacer. Soy alguien de la galería —a veces en la parte más cercana al escenario— que ha visto y oído lo mismo que todos los que asistieron a la función. Y nada más. He captado el ambiente y no he dejado de tratar de entender el juego de las figuras en el proscenio. Presento como fotografías, tomadas por un diletante a quien han prestado una cámara, que —a lo mejor— entre desenfoques y zonas de sombra deja asomar un perfil certero o descubre una maniobra traviesa.

Sólo me queda agradecer muy sincera y cordialmente al Instituto y a la Academia el haberse hecho cargo de mi libro, que sin el concurso de ellos no hubiera podido editarse, patrocinio que —para mejor abundamiento— mucho me honra. Mi reconocimiento va especialmente a sus respectivos e ilustres directores, Estuardo Marrou y José Agustín de la Puente Candamo. Con José Agustín tengo no sólo esta deuda, sino que una más —y profunda— que es el generoso prólogo que ha escrito para presentar mis memorias. Me liga a él no puedo decir que una amistad de juventud, pues cuando él era aún un niño, yo ya presumía de mozalbete, pero sí un viejo afecto —de raíz familiar— basado en comunidad de ideales y convicciones. Ello explica la benevolencia con que me trata y más de un elogio que no merezco. No puedo olvidar al ministro José A. gusto Tenorio, que ha puesto todo su empeño en este cuidado volumen.

Y a vosotros, amigos míos, expreso mi gratitud por vuestra presencia en esta presentación, y sólo puedo añadir que espero que quienes se acerquen a departir conmigo a la sobra ligera de mi mata de jazmín, de estirpe peruana pero ganosa de

brisas de los cuatro puntos cardinales, no se sientan defraudados por argucias metafísicas o trucos diplomáticos que se hayan podido deslizar entre sus hojas. Deseo que su lectura les haga pasar un buen rato de eutrapelia -lo que significa honesta recreación-, en confianza y sosiego. Un atardecer, bajo la ramada acogedora, como antaño, en nuestra campiña limeña.